

Presentación general

El desarrollo del modo de producción capitalista, que comienza a manifestarse a fines del siglo XV, debió enfrentar la resistencia de diversos grupos humanos a proletarizarse (por ejemplo, sectores del campesinado en Europa, distintas etnias en el "nuevo mundo", etc.). Fueron siglos de enfrentamientos por someter a las poblaciones humanas a las lógicas de la acumulación de capital, aceleradas con la revolución industrial. A inicios del siglo XIX, en el corazón de la sociedad capitalista más avanzada de su tiempo, Inglaterra, el movimiento luddita, con sus ataques a la maquinaria industrial, fue una de las últimas contestaciones radicales en este proceso de violenta acumulación originaria. Como sabemos, el capital y su estado ahogaron en sangre estos levantamientos, creando con ello la base social necesaria para el proceso de producción de mercancías; el proletariado. Pero esta clase social no dejó de rebelarse contra el trabajo asalariado y las condiciones de vida que se le imponían, e irrumpe con fuerza en la historia para reivindicar sus propios intereses como humanidad explotada. Un primer hito lo marca la revolución de 1848, que en Francia alcanzó sus momentos más álgidos, y que es considerado el primer proceso revolucionario moderno que tiene como protagonista al proletariado. Derrotado, este movimiento se vuelve a manifestar con fuerza en 1871, dando vida a la Comuna de París, experiencia subversiva que señala el camino (con sus potencialidades y limitaciones) de posteriores procesos de auto emancipación. Así, una nueva oleada revolucionaria hace temblar a la clase capitalista a principios del siglo XX, una de cuyas primeras manifestaciones lo constituye la revolución rusa de 1905, que ve el surgimiento de los soviets como organismos de lucha autónomos del proletariado. Pero no sólo allí, sino en todas partes del globo, la lucha obrera se muestra tenaz y en auge, mientras la represión estatal intenta reaccionar con su acostumbrado arsenal del terror. La competencia entre capitalistas deriva necesariamente en cruentos enfrentamientos bélicos, conduciendo a la humanidad a la carnicería de la Primera Guerra Mundial, ocasión que señala definitivamente el papel de las burocracias obreras aliadas con la burguesía progresista, encarnadas en el gigantesco partido-estado socialdemócrata -muy fuerte sobre todo en Alemania-, que apoya a sus propias naciones imperialistas en este conflicto, conduciendo a la ruptura con estos aparatos por parte importante del movimiento revolucionario. El clímax de este vendaval se concentra entre los años 1917-1923, con la revolución rusa de octubre como experiencia central, pero que ve también brotes de lucha radical en Alemania, Holanda, Hungría, China, Latinoamérica (destacando la revolución mexicana), etc. A este movimiento internacional nos referimos cuando hablamos del "primer asalto proletario a la sociedad de clases", cuyo último estallido, aislado ya, pero quizás el que más lejos llegó en vislumbrar una sociedad comunista, lo constituye la revolución española (julio 1936 - mayo 1937).

Tal movimiento histórico, en el que varias revueltas e insurrecciones se entrelazan espacial y temporalmente, evidencian una multitud de factores a considerar que no permiten reducirlo a simples gestas heroicas gatilladas por individuos iluminados o sectas ideológicas particulares, por más que se esfuercen en afirmar lo contrario, asumiéndolo o no, sus tristes epígonos actuales, nostálgicos de líderes y banderas de disfraz socialista. La derrota sufrida por el proletariado en este ciclo de luchas no fue, claro está, sólo militar; no superar la conducción de las experiencias subversivas por parte de partidos de ideología y programa fundamentalmente capitalistas, como lo fueron todas las derivaciones superficialmente escindidas del tronco socialdemócrata, entre las que destacan con notoriedad los bolcheviques, significó sucumbir ante el monstruoso ciclo de autovalorización del valor, que dejó intactas -o contribuyó activamente a fortalecer- las categorías esenciales del capital: trabajo asalariado, producción de mercancías, plusvalor en manos de la burguesía tradicional o de la burocracia roja (clase capitalista a fin de cuentas), aparataje estatal (y su inmanente poder represivo) y alienación. Hay todavía quienes ven en el ascenso de los bolcheviques al poder y el posterior desarrollo de la URSS, un triunfo del socialismo. "Hay derrotas que deben considerarse como victorias y victorias que deben considerarse como derrotas: la Comuna de París de 1871 pertenece a las primeras, la revolución rusa de 1917 a las segundas", nos dice el MIL en su ya clásico texto "Revolución hasta el Fin". El interés que posee el estudio de esta oleada revolucionaria, a cien años de la revolución rusa y contra-revolución bolchevique, es nada menos que descubrir los factores que hagan efectivamente posible una ruptura revolucionaria, comunista anárquica, con la civilización del capital. Debatir los elementos teórico-prácticos que permitan de una vez por todas librarnos de nuestra condición de clase explotada, abolir todas las separaciones que nos mutilan: Construir la comunidad humana.



Introducción histórica

Las características principales del proceso ruso no están dadas por las políticas bolcheviques desde 1917 en adelante, sino desde mucho antes en el afianzamiento de aspectos centrales de la socialdemocracia en parte importante del movimiento obrero, de los cuales el leninismo y el devenir de la revolución rusa constituyen una prolongación lógica; lo central, en todo caso, no es la socialdemocracia, sino el proceso histórico de constitución del proletariado como clase revolucionaria, que tras un periodo de maduración explosivo cae derrotado por estas causas. Sin una explicación histórica de este proceso, queda la idea de que el proletariado es siempre socialdemócrata y que siempre lucha por reformas, y por ende que la revolución es un factor externo introducido por alguna vanguardia revolucionaria.

Cuando empezamos a trabajar esta temática con miras a publicar el presente material, una de nuestras motivaciones era esta: demostrar a la revolución rusa -y al partido bolchevique- como una expresión entre otras de un movimiento mucho más amplio, rico y heterogéneo que revolucionaba el mundo entero (con particular fuerza en Alemania). El bolchevismo, con su carga ideológica, no solo se autoproclamó el método revolucionario por excelencia, sino que desactivó y atacó el amplio espectro del movimiento revolucionario mundial. Desde esta perspectiva, tomamos la idea del "primer asalto proletario a la sociedad de clases", considerando que es común referirse como "segundo asalto" a la ola de insurrecciones de 1968-77, y apostando a la posibilidad de un tercer y definitivo asalto; intentando con esta periodización encontrar el sentido que aunaba a las distintas expresiones históricas del movimiento revolucionario contra el estado y el capital.

Pero esto planteaba un primer problema. Si se trataba de un primer asalto ¿qué pasa entonces con las revoluciones de 1848, momento en que el proletariado como clase entra en la escena histórica, y la Comuna de París, donde madura y tiende a su constitución en clase autónoma? Luego, si reconocemos esta problemática ¿qué elementos unen en un mismo periodo a este movimiento y lo separan de otro? ¿Cómo definir estos criterios? y una tercera gran cuestión, ¿qué entrega el periodizar este proceso revolucionario para el arsenal histórico y teórico del movimiento revolucionario hoy? Como podemos ver, a medida que desarrollamos este tema, se van planteando muchos más problemas que la simple denuncia o crítica de laboratorio.

Y estas tres variantes del problema solo podían expresar una misma relación de fondo: el proceso de maduración del proletariado en contraposición al desarrollo de sus supuestos representantes, fundamentalmente la socialdemocracia.

I

En primer lugar, para comprender estas cuestiones habría que determinar que caracteriza a cada proceso, que elementos nuevos entrega o de qué manera está determinado con el anterior; solo de un análisis detallado de las características de los asaltos proletarios, de su motor y del despliegue de sus actores, puede hacer una posible periodización que nos aclare las fortalezas y debilidades de cada momento, como balance para la posibilidad revolucionaria en la actualidad; solo en esta perspectiva constituye un factor de avance y no simple papelería kitsch.

En el caso del proceso revolucionario de 1848 podemos ver, por ejemplo, como las contradicciones llevadas al extremo entre los elementos "revolucionarios" de la burguesía ascendente y las viejas estructuras del dominio feudal -que hasta mediados del 1800 seguían en pie- empujan al proletariado en los distintos países de la "Europa civilizada" a exigir y realizar armas en la mano las tareas republicano-burguesas que el nuevo modo de producción exigía y que la burguesía no se atrevía a realizar.

Este incipiente proceso marca un hito en tanto aparece el proletariado como sujeto activo e histórico, aunque sea luchando por consignas abiertamente burguesas y confiando aún en las expresiones republicanas de la pequeño burguesía "tendiente al proletariado", pero llevándolas mucho más lejos; demuestra su carácter internacional y su potencialidad en tanto nuevo fenómeno que llego incluso a hacer arrancar a la monarquía en Francia y se expandía a niveles nunca antes vistos a la par con la industrialización; en tanto fuerza y proyecto social.

"La derrota de los insurrectos de junio había preparado, allanado, el terreno en que podía cimentarse y erigirse la república burguesa; pero, al mismo tiempo, había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de "república o monarquía". Había revelado que aquí república burguesa equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras" (K. Marx, 1852, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte")

Por otro lado, desde este momento incipiente el proletariado demuestra también su carácter independiente, su necesidad de su constitución autónoma, al concentrarse y pactar "por arriba" todo el amplio espectro de la sociedad burguesa la transacción con la vieja monarquía y sus aparatos -incluyendo a sus antiguos aliados de la pequeña burguesía democrática. El proletariado comprendió por la fuerza de los hechos el oportunismo de la burguesía democrática y la independencia de sus intereses respecto a los de esta clase, viendo como incluso aunque saliendo a luchar por el programa de sus aliados republicanos cuando se encontró en la calle solo se tuvo a sí mismo frente a la contra revolución de toda la nueva alianza de viejos monarquistas y nuevos liberales.

"Venció la república burguesa. A su lado estaban la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeñoburgueses, el ejército, el lumpemproletariado organizado como Guardia Móvil, los intelectuales, los curas y la población del campo. Al lado del proletariado de París no estaba más que él solo. Más de 3.000 insurrectos fueron pasados a cuchillo después de la victoria y 15.000 deportados sin juicio. Con esta derrota, el proletariado pasa al fondo de la escena revolucionaria. (...) Tan pronto como una de las capas sociales superiores a él experimenta cierta efervescencia revolucionaria, el proletariado se enlaza a ella y así va compartiendo todas las derrotas que sufren unos tras otros los diversos partidos." (K. Marx, 1852, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte")

Venció la contra revolución, con toda la vieja sociedad y la nueva burguesía dándose las manos y el proletariado traicionado por sus viejos amigos de la pequeña burguesía democrática; este proceso no solo significó la primera gran derrota y lección para el proletariado revolucionario, sino un reacomode y reestructuración del Estado y las naciones en sintonía con la consolidación del nuevo modo de producción. Aun así, esta derrota significará un avance en su afirmación como clase, haciendo esta conciencia de sus propias características y del oportunismo democrático.

"Una alianza así concebida solo redundaría en daño del proletariado y en provecho de la democracia pequeñoburguesa. El proletariado perdería su posición independiente, a tanta costa conquistada, y volvería a convertirse, a degradarse, en un apéndice de la democracia burguesa oficial."

Alocución de Marzo de 1850, Comité central de la Liga de los Comunistas

II

Los siguientes años, pese a la derrota proletaria representarán un proceso de gran maduración y de asociación de sus luchas, que podemos verlo desde el puntapié y declaración de guerra del proletariado en la publicación del Manifiesto Comunista, como consecuente extensión del internacionalismo, de la concepción materialista y dialéctica de la historia frente al idealismo y como clara comprensión de los antagonismos de clase y su necesaria superación mediante la violencia de la revolución y el poder proletario. Esta auto comprensión irá a la par con el desarrollo industrial-estatal capitalista a lo largo de todo Europa con la proletarización masiva que esto significaba, una explosión que preocupaba a toda la sociedad de la época; bajo esta perspectiva los proletarios fueron expuestos al más terrible despotismo asalariado con el desarrollo industrial, pero con una perspectiva y experiencia detrás que solo podía agudizar esta misma contradicción.

Es bajo este panorama donde se comienzan a suceder las distintas luchas y huelgas obreras por la reducción de la jornada de trabajo y la mejora de las condiciones básicas de vida principalmente en Inglaterra y luego en Francia. Este conflicto, que atacó directamente el proceso de apropiación de plusvalor por parte de los capitalistas manifestará su centralidad de dos formas que determinarán el posterior desarrollo de las fuerzas proletarias: la solidaridad y la cuestión del internacionalismo. Las luchas obreras y la respuesta de los patrones que se negaban a contratar obreros sin un previo compromiso de no sindicalización, desarrollarán comités nacionales de solidaridad que culminarán en organizaciones con importancia directa en la formación de la Primera Internacional; a su vez, la amenaza capitalista de importar mano de obra para remplazar a los huelguistas impulsará la cuestión del internacionalismo y la fraternidad obrera, imponiendo su necesidad de organizarse internacionalmente. Es con estos antecedentes, en esta perspectiva y con motivo de solidaridad con la insurrección polaca que obreros ingleses y franceses, que ya venían confraternizando desde la década del 60, donde se convocan a la fundación de lo que posteriormente sería la Primera Internacional, o bien la Asociación Internacional de Trabajadores.

La constitución de la Primera Internacional representará un salto cualitativo de gran significación para el movimiento de la clase obrera: representaba un paso adelante respecto al cooperativismo, el gestionismo o distintas variantes de los "viejos socialismos". En este sentido, la cuestión de la independencia de los intereses de la clase obrera y la necesidad de su constitución para la abolición del régimen capitalista quedarán expresadas desde un primer momento.

La emancipación de la clase obrera debe ser obra de

la propia clase obrera; la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales y por la abolición de todo dominio de clase.

Ante el despotismo generalizado de la burguesía industrial, la Internacional se constituirá como un polo de agrupamiento internacional proletario, autodefensa y palanca de fuerza para el proyecto emancipador de esta clase, por ende, la gran pesadilla para la burguesía y gran esperanza para los múltiples grupos obreros que nacían a medida que se expandía la explotación capitalista.

Es en este marco de ascendentes luchas y asociacionismo proletario, ante la invasión prusiana de Francia y la, nuevamente, preferencia de la burguesía francesa de caer bajo dominio prusiano que estimular el poder de la clase obrera que exigía su armamento para la defensa, donde se desarrollará la Comuna de París, *hija espiritual de la Internacional* y primer gran ejemplo de poder proletario.

A pesar de las limitaciones propias a todo proceso, las ilusiones de la “verdadera república”, la comuna representará un siguiente salto cualitativo y clímax del proceso de constitución que vivió el proletariado desde los mediados del siglo XIX: desde las sociedades obreras, las revoluciones de 1848, el Manifiesto Comunista, la Asociación Internacional de los Trabajadores, hay un hilo conductor, un solo periodo ascendente en donde el proletariado termina por reivindicar armas en la mano su propio poder autónomo en la comuna contra la invasión prusiana y contra su propia burguesía.

Hasta este momento, y desde su primera evidente traición y las consiguientes comedias de la social democracia, las relaciones de este partido y el proletariado caracterizarán el periodo como una continua ruptura y tendencia a la autonomía del proletariado con toda la política burguesa (aunque en muchas de sus expresiones teóricamente aún se halla colado su ideología); como un proceso en aumento de su reconocimiento y constitución, e incluso primer ensayo de asalto consciente. El proceso programático por el cual el proletariado afirma la necesidad de su independencia y su carácter en tanto sujeto histórico se verá fortalecido por las estructuras desarrolladas por la Internacional, las cuales solo se verán multiplicadas al punto de generar las posteriores rupturas y luchas por la dirección de esta.

Lamentablemente, la derrota de la comuna y su posterior persecución junto a la de la Internacional en Francia y Europa, marcarán un nuevo punto de partida para el movimiento obrero, pero esta vez representará el declive decisivo que llevará al dominio socialdemócrata casi total de las políticas proletarias durante todo el siglo siguiente, como veremos a continuación.

III

Como decíamos, la derrota de la comuna, la fusilación y persecución de sus integrantes y la consiguiente persecución de la Internacional a lo largo de Europa le llevará también a esta expresión a un punto crítico: las confrontaciones de todo proceso social vivo, del fenómeno en ascenso que significó enfrentado a las tareas que la crisis revolucionaria provoca tomarán, lamentablemente, la forma de disputa semi personal entre autoritarios y anti autoritarios en un periodo de abierta contra revolución llevando a una disputa ideológica un problema que estaba presentando la misma lucha de clases en forma evidente.

Si la extensión de la explotación industrial había llevado a una proliferación cada vez más importante del proletariado y sus organizaciones de auto defensa, está también con el paso del tiempo le llevaba necesariamente a plantear sus reivindicaciones más allá del plano inmediato de cada huelga o manifestación, planteando la cuestión en términos de luchas nacionales o lo que Marx llamaría “en el plano político”: en este sentido se inscriben las luchas por las reducciones del horario de trabajo o de condiciones de vida de los proletarios y su “cristalización” organizativa; estas luchas expresaran un acicate para la asociación, la organización y por ende constitución del proletariado en tanto fuerza social, como vimos.

Pero a su vez, esta cuestión planteaba límites inmediatos: la participación del proletariado en la política burguesa y su afirmación organizativa en este sentido; la cuestión del reformismo y las organizaciones de masas para las conquistas sociales versus la concepción bakuninista de los principios y la revolución llevará a un fortalecimiento de ambos polos de esta sola ideología en detracción de una salida revolucionaria al problema de la relación reivindicación/lucha revolucionaria. En este sentido, ambas visiones se apoyarán en sí mismas en una deriva *para la cual la auto-emancipación consiente de la clase es abandonada.*

Esta implosión de la Internacional entre Comité Central y la Alianza de la Democracia Socialista, a la par con el movimiento que realiza Alemania Birmarckiana en el panorama mundial sobre la hegemonía francesa, llevará a la alianza de Marx y Engels con las organizaciones socialdemócratas alemanas en defensa de la lucha política de la clase obrera, lo que se traducirá directamente en un fortalecimiento de estas últimas. Marx y Engels mantendrán relaciones críticas con este partido con la idea de llegar su *componente obrero*, pero de las cuales solo sacara provecho la socialdemocracia, colando finalmente toda su concepción del Estado libre y el trabajo.

Como resultado final, con el ascenso de las conquistas obreras y la deriva propagandística del anarquismo (o su mezcla) no fue el proletariado fortalecido sino solo en un sentido espectacular (la socialdemocracia llegará a ser uno de los partidos, sino el partido, más importante de Alemania), como veremos más adelante, y será realmente el capital en desarrollo, aquel llamado por algunos en su fase “ascendente”, el que sacará realmente partido de esto, pasando a una fase cualitativamente superior -si nos siguiéramos por la comprensión social del proceso de subsunción real- donde no solamente el proletariado producirá desde y para la lógica de la valorización capitalista, sino que incluso luchará y se organizará en su defensa: el desarrollo de las conquistas sociales que llevó a las alianzas con la burguesía, el compromiso con los explotadores y la defensa “nacional” expresará toda su naturaleza en el revisionismo que planteaba la superación conciliadora de las crisis capitalistas y los votos de guerra en la primera guerra mundial.

IV

Instaurada la hegemonía de la socialdemocracia alemana a finales del siglo XIX (influenciada por la dominación Prusiana de Europa), con la consolidación de la Segunda internacional, el debate en el medio revolucionario quedará atravesado por la adaptación mecanicista y vulgar del materialismo histórico y el socialismo científico. El mismo desarrollo de la teoría del Estado libre y el trabajo según la concepción de este partido derivará en la teoría revisionista de Bernstein, para el cual el capital se convierte en progresivo y la revolución ya no es necesaria; las rupturas en adelante girarán en torno a las supuestas lecturas estratégicas entre posibilidades democráticas y la siempre postergable revolución social. En mayor o menor medida, desde Kautsky en adelante, pasando por Lenin y Luxemburgo (llegando incluso al consejismo y el bordiguismo), la mayor ruptura con el reformismo declarado era la de una supuesta lectura del periodo donde las relaciones de clase evidenciaban la proximidad de un conflicto de proporciones y por ende, un revivir de la alternativa revolucionaria “en caso” de no ser suficiente las medidas democráticas o que la situación lo exija (la obsolescencia de las medidas democráticas en el caso de los consejistas).

Esta situación marcara en realidad un nuevo hito y periodo en la historia del movimiento proletario, al encontrarse la gran mayoría de sus expresiones revolucionarias tras un largo periodo ascendente en el sentido de su autonomía con la constitución de la Internacional, no solo nuevamente como apéndice de la burguesía democrática que represento siempre este partido, sino que con este mediador completamente validado como voz de la tradición revolucionaria y del legado de Marx y Engels; como principal difusor, interprete, dueño y censurador de sus obras.

Como consecuencia esta escuela llevo a sus límites la contradicción entre el programa revolucionario del proletariado del cual se autoproclamo amo y señor y sus propias concepciones burguesas mantenidas persistentemente desde Lasalle en adelante. La ruptura antes mencionada entre socialdemocracia radical y revisionista, y la naturaleza real de todo este partido, se verá en su punto más álgido con la Primera guerra mundial y el apoyo de los parlamentarios socialdemócratas con sus votos de guerra. Esto, lamentablemente, no significará una deslegitimización de la socialdemocracia como tendencia histórica de la burguesía reformista, sino que la afirmará en un sentido tradicional y dogmático en manos de los radicales leninistas y luxemburguistas* que reclamarán la traición del viejo partido a sus principios. Esto representará el comienzo de la crisis de este partido y de la Segunda Internacional en general, crisis que se verá materializada en la Conferencia de Zimmerwald** y las posteriores rupturas en el mundo con los partidos de la socialdemocracia; será la base material de todo el proceso revolucionario en Rusia y el mundo desde 1917, base que determinará no solo sus debilidades teóricas y prácticas como expondremos a continuación, sino la posibilidad para un rearme y la sobrevivencia del capitalismo mundial.

---

*Aquí es donde radica la importancia de la izquierda comunista alemana, que logra romper radicalmente con ambas posturas de izquierda y centrista, pero la cual no alcanzará a tener la fuerza suficiente en su corto periodo de existencia.

**La Conferencia de Zimmerwald fue realizada en 1915 y reunió a una serie de militantes socialistas que se posicionaban en contra de la guerra y por el internacionalismo proletario, desde Lenin a Herman Gorter. Fue una primera señal de las características que tomaría la ruptura socialista y el próximo proceso revolucionario que venía.



“Comunistas caen, bolsa de valores sube”. Imagen de George Grosz sobre el aplastamiento de la insurrección espartaquista de enero de 1919.

Un fantasma recorre el mundo, el fantasma de la revolución proletaria...

1916

Insurrección de Dublín, **Irlanda**.

1917

Rusia, revolución de febrero, y revolución de octubre. En agosto se produce una insurrección armada en Turín (**Italia**). Oleada de huelgas en **Alemania** en abril, semi-insurrección y constitución de consejos obreros en Leipzig. En **México** la revolución iniciada en 1910 decanta hacia la proclamación de una Constitución, ya asesinados Villa y Zapata, mientras anarquistas como Ricardo Flores Magón llaman al pueblo a "que sea capaz de no dejarse arrastrar por los que quieren conducirlo ahora por caminos de flores, a idéntica esclavitud o a tiranía semejante a la que hoy sufrimos".

LA OLEADA REVOLUCIONARIA DE 1917/1923



1918

En enero hay rebeliones obreras en **Finlandia** y **Rumania**, huelga y formación de consejos obreros en Viena (**Austria**). En mayo una huelga en la Renault en **Francia** se extiende a 250.000 trabajadores. El 21 y 21 de julio en Italia se realiza una huelga general bajo la consigna: "Hagamos como en Rusia". En octubre estallan motines en el ejército en **Holanda**, y se forman consejos obreros en Rotterdam y Amsterdam. "Motines del arroz" en **Japón**.

1919

En enero, revueltas obreras en Puerto Bories y Puerto Natales (**Chile**), reprimidos con ayuda de las fuerzas represivas argentinas."Semana sangrienta" en **Argentina**. Levantamiento proletario en Berlín (**Alemania**), en enero, sangrientamente aplastado. En marzo en Budapest (**Hungría**) y en abril en Munich (**Baviera**), insurrecciones populares conducen a la proclamación de Repúblicas de Consejos o "soviéticas", que son aplastadas al poco tiempo. En **Estados Unidos**, una huelga en los astilleros desemboca en la "Comuna de Seattle", y en Montana se forman Consejos de Obreros y Soldados. 1920: Huelga general en abril en Turín, con ocupaciones donde se expresa el importante movimiento de los consejos de fábrica. El 27 de julio, en medio de un clima de agitación, guardias blancas de la patronal atacan e incendian el local de la Federación Obrera de Magallanes en Punta Arenas (**Chile**). Noviembre: consejos obreros en Sao Paulo (**Brasil**).

1921

A una huelga de obreros salitreros se responde el 3 de febrero con la Masacre de San Gregorio (**Chile**). En marzo de 1921 los bolcheviques reprimen la rebelión de Kronstadt, que llamaba a consumar la "tercera revolución".

1922

Consejos obreros en Guayaquil (**Ecuador**).

REAFIRMACIÓN, GRANDIZO MUNIS (extractos)

G. Munis fue un revolucionario que militó en el trotskismo pero rompió con él por la izquierda, denunciando el carácter capitalista de Estado del régimen surgido en la URSS. En "Jalones de derrota, promesa de victoria" (1948) realizó un balance detallado de la revolución española de 1936/7: el último y tal vez más intenso episodio del primer asalto, retrasado en una década respecto al resto del mundo. En "Reafirmación" (introducción escrita en 1977, incluida en la reciente edición del libro por Pensamiento y Batalla), realiza una interesante y profunda comparación entre la revolución española y la rusa, e insiste en demostrar el carácter no reformista sino que abiertamente contra-revolucionario del estalinismo.

Mientras más años contemplamos retrospectivamente hasta 1917, mayor importancia cobra la revolución española. Fue más profunda que la revolución rusa y más extensa por la participación humana; esclarece comportamientos políticos hasta entonces indefinidos y proyecta hacia el futuro importantes modificaciones tácticas y estratégicas. Tanto, que en el dominio del pensamiento no pueden elaborarse hoy sino remedos de teoría, coja o despreciable, si se prescinde del aporte de la revolución española, en general, y con mayor precisión de cuanto contrasta, superándolo o negándolo, con el aporte de la revolución rusa.

La revolución desbarató en España las estructuras de la sociedad capitalista en lo económico, en lo político y en lo judicial, creando o insinuando estructuras propias. Lo que estaba dado por la espontaneidad del devenir histórico se convirtió de potencial en actuante, en cuanto fueron quitados de en medio los cuerpos coercitivos, obstáculo a su manifestación. Así se perfila sin equívoco la revolución, desde el primer instante, como proletaria y socialista. La revolución rusa no destruyó la estructura económica del capital, que no reside en el burgués ni en los monopolios, sino en lo que Marx llamaba la relación social capital-salariado; tras un momento de vacilación, la modificó de privada en estatal, y en torno a ella y para ella fueron reacomodándose luego lo judicial, lo político... y los cuerpos represivos, ejército *nacional* comprendido, hasta que la relación social capital-salariado adquirió la virulencia que continúa distinguiéndola. Fue pues una revolución democrática o permanente, hecha por un poder proletario, y muerta como tal antes de alcanzar el estadio socialista que la motivó y constituía su mira. Por ende, no pasó de ser una revolución política. Y si bien en ese aspecto fue más cabal que la revolución española, la persistencia de la mencionada relación social capitalista dio a la contrarrevolución la facilidad de ser sólo política también, si bien cruelísima, en proporción al apremio de revolución mundial.

Precisamente cuando la revolución alcanzaba su pináculo en España, en 1936, la contrarrevolución stalinista consolidaba en Rusia su poder para muchos años, mediante el exterminio de millones de hombres. En consecuencia, su ramal español tuvo deliberadamente, desde el 19 de Julio, un comportamiento de abanderado de la contrarrevolución, solapado al principio, descarado a partir de Mayo de 1937. Con toda premeditación y por órdenes estrictas de Moscú, se abalanzó sobre un proletariado que acababa de aniquilar el capitalismo. Ese hecho, atestiguado por miles de documentos stalinistas de la época, representa una mutación reaccionaria definitiva del stalinismo exterior, en consonancia con la mutación previa de su matriz, el stalinismo ruso.

Respecto a táctica, la revolución española invalida o supera con creces la de la revolución rusa. Así, la reclamación de gobierno sin burgueses, constituido por representantes obreros en el marco del Estado existente, tan útil en Rusia para desplazar del poder a los soviets, carecía de sentido en España, y habría surtido efecto negativo. Lo mismo cabe afirmar del frente unido de los revolucionarios con las organizaciones situadas a su inmediata derecha. Los bolcheviques lo practicaron, incluso con Kerensky en determinados momentos, positivamente siempre. Mimetizar esa táctica en España era meterse en la boca del lobo, y contribuir a la derrota de la revolución. Quienes, lo hicieron nos han dejado la más irrefutable y trágica de las pruebas.

Muy sobrepasada por los hechos revolucionarios mismos, fuente principal de consciencia, resultó la consigna: «control obrero de la producción», todavía en cartel para izquierdistas retardados. Los trabajadores pasaron, sin transición, a ejercer la *gestión de la economía* mediante las colectividades, aunque su coordinación general fuese obstaculizada y al cabo impedida, por un Estado capitalista que iba reconstituyéndose en la sombra, no sin participación de la CNT y de la UGT. Al término de tal reconstitución, la clase trabajadora quedó expropiada y el Pacto CNT—UGT resultante convertía las dos centrales en pilares de un capitalismo de Estado. Pero antes de llegar a éste, el control obrero de la producción (de hecho estatal-sindical) fue maniobra indispensable para arrancar por lo suave la gestión a los trabajadores. Idéntico servicio retrógrado habría prestado lo que se llama hoy autogestión, variante de aquél. Quedó demostrado entonces, con mayor contundencia que en ningún otro país, la imposibilidad de que el proletariado controle la economía capitalista sin quedarse atascado en ella como pájaro en liga. Si la gestión es el dintel del socialismo, el control (o la autogestión) es el postrer recurso del capital en peligro, o su primera reconquista en circunstancias como las de España en 1936.

En resumen, cuantos puntos de referencia o coordenadas habían determinado la táctica del movimiento revolucionario desde 1917, y aun desde la «Commune» de París, fueron sobrepasados y arrumbados por el grandioso empellón del proletariado en 1936.

El aporte estratégico del proletariado español a la revolución en general, sin limitación de fronteras ni de continentes, es decisivo en lo económico. Helo aquí en sus términos más escuetos: el Estado, por muy obreras que sus estructuras fueren de la base a la cúspide, las destruye si se le convierte en propietario de los instrumentos de producción. Lo que organiza en tal caso es su monopolio totalitario del capital, en manera alguna el socialismo. Ello corrobora y explica lo acontecido en Rusia después de la toma del poder por los soviets. A dicho monopolio se reduce pues la nacionalización de la economía, que tanto engaña porque expropia a burguesía y trusts. Prodúcese por tal medida, no una expropiación del capital, sino una reacomodación del mismo, cumplimiento cabal de la ley de concentración de capitales inherente al sistema. Que sea alcanzada evolutiva o convulsivamente, incluso por lucha armada, el resultado es el mismo.

Lo que necesita la clase obrera en cualquier país es «erigir una barrera infranqueable, un obstáculo social que le vede tener que venderse al capital por 'contrato libre', ella y su progenitura, hasta la esclavitud y la muerte» (Marx). Le hace falta disponer a su albedrío de toda la riqueza, instrumental de trabajo y plusvalía, hoy propiedad del capital, y establecer como primer derecho del hombre, el derecho de vivir, trabajar y realizar su personalidad, sin vender sus facultades de trabajo manual o intelectual. Así entrará la sociedad en posesión de sí misma, sin contradicción con sus componentes individuales, desaparecerán las clases, y la alienación que en grados diversos comprime o falsea a las personas.

Memorias de un revolucionario

VICTOR SERGE

Probablemente "Memorias de un revolucionario" (1947), de Víctor Serge, sea uno de los mejores relatos de primera mano de lo que fue y devino todo el proceso aquí referido como "primer asalto". Protagonista activo en varias experiencias subversivas e insurrecciones proletarias europeas, anarquista, editor de l'anarchie, sentenciado a cinco años de cárcel en el juicio a la "Banda Bonnot", y luego bolchevique crítico, perseguido por la represión burguesa tradicional y del propio PC soviético (pasó varios años tanto en prisiones occidentales como rusas), nos comparte lúcidos y estremecedores balances del movimiento revolucionario de su época. De aquella imprescindible obra, difundimos tres extractos que contribuyen a retratar el proceso revolucionario ruso: su primer encuentro con la Rusia revolucionaria, en 1919, en el que no esconde su impresión acerca del autoritarismo reinante (a pesar de recurrir a términos que podrían confundirlo con un demócrata asustado, su pluma revela la contradicción fundamental entre lo que ya en esos tempranos tiempos representaba el poder bolchevique versus los intereses inmanentes de autoliberación y autoabolición del proletariado); otro, en el que entrega su visión del clima represivo entre los años 1918-21, refiriéndose específicamente a las corrientes críticas (por izquierda y derecha) al bolchevismo y a la actitud frente a ellas del Partido, en el que seleccionamos particularmente la situación anarquismo.; y un tercero, que corresponde a su segundo retorno al país hacia 1926, ya en pleno proceso de estalinización, en el cual describe el evidente horror generalizado y la bancarrota de cualquier atisbo revolucionario. "El peligro está en nosotros", titula precisamente a uno de sus capítulos en los que narra, siendo bolchevique, la política reaccionaria del recientemente creado Partido Comunista de la Unión Soviética (P.C.U.S.).

Una razón para vivir: vencer (1912-1919)

En un segundo pequeño puesto perdido, otro soldado indiferente a todo lo que no era el hambre y el alimento, nos encontró un número de la *Severnaya Kommuna*, órgano del Sóviet de Petrogrado. Era sólo una hoja gris bastante grande impresa con una tinta pálida. De ella recibimos un primer choque. Nunca habíamos pensado en disociar la idea de revolución de la de libertad. Todo lo que sabíamos de la Revolución francesa, de la Comuna de París, del 1905 ruso, nos mostraba la efervescencia popular, el bullir de las ideas, la competencia de los clubes, de los partidos, de los periódicos –excepto durante el Terror–, bajo el reino del Ser supremo; pero el Terror de 1793 era a la vez un apogeo y el comienzo de una declinación, el camino hacia Termidor. Esperábamos respirar en Petrogrado el aire de una libertad, seguramente dura e incluso cruel con sus enemigos, pero amplia y tónica. Y encontrábamos en ese primer periódico un macilento artículo firmado por G. Zinoviev sobre «el monopolio del poder». «Nuestro partido gobierna solo […] no permitirá a nadie […]. Somos la dictadura del proletariado […] las falaces libertades democráticas reclamadas por la contrarrevolución…» Cito de memoria, pero tal era ciertamente el sentido de esa prosa. Tratamos de justificárnosla por el estado de sitio, el peligro mortal, pero uno y otro podían justificar hechos, y los hechos que violentan a los hombres y a las ideas, no una teoría del estrangulamiento de toda libertad. Anoto la fecha de ese artículo: enero de 1919. El desierto de nieve seguía desplegándose bajo nuestros ojos. Nos acercábamos a Petrogrado.

El peligro está en nosotros (1920-21)

La tendencia a forzar las dificultades económicas por la constricción y la violencia acrecentaba el descontento general, haciendo peligrosa toda opinión libre, es decir crítica, y obligando por lo tanto a tratarla como enemiga. Yo estaba excepcionalmente situado para seguir los progresos del mal; pertenecía a los medios dirigentes de Petrogrado y estaba en relaciones de confianza con diversos elementos de oposición, anarquistas, mencheviques, socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas incluso de la «Oposición Obrera» que denunciaba ya la burocratización del régimen y la condición del trabajador: miserable no sólo de hecho, sino –lo cual era más grave– de derecho, puesto que las oficinas le negaban la palabra. Salvo la Oposición Obrera, estos disidentes, muy desunidos entre ellos, habían caído en diversas quiebras. […] Los anarquistas se habían subdividido caóticamente en tendencias prosoviéticas, intermedias y antisoviéticas. En 1919, estos últimos, en plena sesión del comité comunista de Moscú, habían lanzado una bomba que produjo unas quince víctimas. Pero, vencidos y perseguidos, esos disidentes apasionados de la revolución no dejaban de tener razón en muchas circunstancias, y razón del todo cuando reclamaban para ellos mismos y para el pueblo ruso la libertad de opinión y el retorno a la libertad soviética. Los sóviets, en efecto, tan vivos en 1918, no eran ya sino aparatos secundarios del partido, desprovistos de iniciativa, que no ejercían ningún control, no representaban de hecho sino al comité local del partido. […] El estado de sitio se instituía incluso en el partido, gobernado cada vez más, de arriba abajo, por los secretarios; y nos encontrábamos en grandes dificultades para remediarlo, puesto que sabíamos que el partido estaba invadido de arribistas, aventureros, interesados que llegaban en masa a colocarse del lado del poder.

[…] Yo seguía de cerca sobre todo el drama del anarquismo que iba a alcanzar, con la sublevación de Cronstadt, una importancia histórica. Durante el II Congreso de la Internacional, yo había seguido las negociaciones sostenidas con Lenin por Benjamin Markóvich Aleynikov, antiguo emigrado, matemático, *businessman* soviético en Holanda y anarquista inteligente, sobre la colaboración con los libertarios. Lenin se mostraba favorable a ella; había recibido antes amistosamente a Néstor Majno; Trotsky habría de relatar más tarde, demasiado tarde (en 1938, creo…) que Lenin y él mismo pensaron reconocer a los campesinos anarquistas de Ucrania, cuyo jefe de guerra era Majno, un territorio autónomo. Hubiera sido equitativo, hábil, y tal vez esa amplitud de puntos de vista hubiera ahorrado a la revolución la tragedia hacia la que nos encaminábamos. Dos anarquistas prosoviéticos, activos y capaces, trabajaban con Chicherin, en el Comisariado de Asuntos Exteriores: Hermann Sandomirski, antiguo condenado a muerte de Varsovia, ex presidiario, joven erudito, y Alexander Shapiro, espíritu crítico y moderado. Kámeniev, presidente del Sóviet de Moscú, les ofrecía la legalización completa del movimiento con su prensa, sus clubes, sus librerías, a condición de que los anarquistas se controlasen a sí mismos, hiciesen una depuración de sus medios donde pululaban los exasperados, los incontrolables, los semilocos y algunos contrarrevolucionarios auténticos mal camuflados. La mayoría de los anarquistas rechazaba con horror esa idea de organización y de control: «¿Cómo?, ¿vamos a formar también nosotros una especie de partido?». Preferían desaparecer, perder su prensa y sus locales.

[…] Entre los campesinos ucranianos, el espíritu de rebelión, la capacidad de *self-organization*, el amor de la libertad local, la necesidad de sólo contar con ellos mismos para defenderse contra los Blancos, los alemanes, los nacionalistas amarillo-gris-azul, los comisarios a menudo duros e ignaros de Moscú, anunciadores de incautaciones interminables, habían dado nacimiento a un movimiento extraordinariamente vivaz y poderoso, el de los «Ejércitos Campesinos Insurgentes», formados alrededor de Guliay-Polié. Inspirada por Vsevolod Volin y Aaron Baron, la Confederación Anarquista del Rebato (*Nabat*) dio una ideología a ese movimiento: la de la tercera revolución libertaria, y una bandera, la bandera negra. Aquellos campesinos mostraron una capacidad de organización y de combate verdaderamente épica. Néstor Majno, bebedor, espadachín, inculto, idealista, se reveló como un estratega nato absolutamente único. Dispuso a veces de varias decenas de millares de combatientes. Tomó sus armas del enemigo, sus insurgentes marcharon a veces a la batalla con un fusil para cada dos o tres hombres; el fusil pasaba entonces de la mano del moribundo a la del vivo que esperaba. Majno inventó una infantería montada en carricoches que fue de gran movilidad. Imaginó enterrar las armas y licenciar momentáneamente a sus fuerzas que franqueaban, desarmadas, las líneas de fuego y desenterraban en otro lugar otras ametralladoras, resurgían donde menos se las esperaba. En septiembre de 1919 infligió en Uman, al general Denikin, una derrota de la que este no habría de reponerse. Era «*batko*», «padrecito», Jefe. A los ferroviarios de Iekaterinoslav (Dniepropetrovsk) que le pedían el pago de los salarios, contestaba: «Organícense ustedes mismos para explotar los ferrocarriles. Yo no los necesito». Su prestigio popular en toda Rusia era enorme y ha seguido siéndolo, a despecho de algunas atrocidades cometidas por sus bandas y de la calumnia perseverante del partido comunista, que llegó hasta a acusarlo de pactar con los Blancos en el momento en que sostenía contra ellos una lucha a muerte. En octubre de 1920 el barón Wrangel dominaba todavía Crimea y un tratado de alianza fue firmado entre ese Ejército Negro de Majno y el Ejército Rojo. Firmaron por los rojos: Bela Kun, Frunze, Gúsev. El tratado preveía la amnistía de los anarquistas en Rusia, la legalización del movimiento, la celebración de un congreso anarquista en Kaharkov. La caballería negra rompió las líneas de los Blancos y penetró en Crimea; esta victoria, paralela a la que Frunze y Blucher ganaban en Perekof, decidió la suerte de la Crimea Blanca recientemente reconocida por Gran Bretaña y Francia.

En Petrogrado y Moscú, los anarquistas preparaban su Congreso. Pero apenas lograron la victoria común, fueron bruscamente detenidos en masa por la Cheka (noviembre de 1920). Los vencedores negros de Crimea, detenidos por traición, Karetnik, Gavrilenko y otros eran fusilados. Majno, copado en Guliay-Polié, se defendió como un energúmeno, se abrió un camino, prosiguió la resistencia hasta agosto de 1921 (Internado en Rumania, en Polonia, en Dantzig, habría de terminar su vida como obrero de fábrica en París). Esta actitud inconcebible del poder bolchevique, que desgarraba sus propios compromisos frente a una minoría revolucionaria campesina infinitamente valerosa, tuvo un efecto terriblemente desmoralizante; yo veo en ello una de las causas profundas de la sublevación de Cronstadt.

[…] En febrero el viejo Kropotkin murió en Dimitrovo, cerca de Moscú. Yo no había querido verlo, por temor de una conversación penosa; él creía todavía que los bolcheviques habían recibido dinero alemán, etc. Sabiendo que vivía en el frío y en la oscuridad, trabajando en su Ética y tocando un poco el piano para descansar, le habíamos enviado, mis amigos y yo, un suntuoso paquete de velas. Yo conocía el texto de sus cartas a Lenin sobre la estatización de la librería y la intolerancia. Si algún día son publicadas, se verá con qué lucidez Kropotkin denunciaba los peligros del pensamiento dirigido. Fui a Moscú para asistir a sus exequias y fueron jornadas conmovedoras, en el gran frío en los tiempos de la gran hambre. Fui el único miembro del partido admitido entre los anarquistas como un camarada. Alrededor del cuerpo del gran viejo, expuesto en la Casa de los Sindicatos en la sala de las columnas, los incidentes se multiplicaban a pesar del pacto benevolente de Kámeniev. La sombra de la Cheka estaba en todas partes, pero una multitud densa y ardiente confluía, esos funerales se convertían en una manifestación significativa. Kámeniev había prometido la liberación por un día de todos los anarquistas encarcelados; Aaron Baron y Yarchuk vinieron así a montar guardia junto al despojo mortal. Con la cabeza helada, la alta frente despejada, la nariz fina, la barba nevada, Kropotkin se parecía a un mago dormido, mientras voces airadas susurraban a su alrededor que la Cheka violaba la promesa de Kámeniev, que la huelga de hambre iba a ser decidida en las cárceles, que tales y cuales acababan de ser detenidos, que los fusilamientos de Ucrania continuaban… Por una bandera negra, por un discurso, laboriosas negociaciones esparcían una especie de furor en aquella multitud. El largo cortejo, rodeado de estudiantes que hacían cadena dándose la mano, se puso en marcha hacia el cementerio de Novo-Dievichii, entre el canto de los coros detrás de las banderas negras cuyas inscripciones denunciaban la tiranía. En el cementerio, en el límpido sol de invierno, se había abierto una fosa bajo un abedul todo plateado. El delegado del Comité Central bolchevique, Mostovenko, y Alfred Rosmer, delegado del Ejecutivo de la Internacional, se expresaron en un lenguaje conciliador. Aarón Baron, detenido en Ucrania y que debía volver a la cárcel esa noche –para no volver a salir nunca más– alzó su silueta descarnada, barbuda, con gafas de oro, para clamar despiadadas protestas contra el nuevo despotismo, los verdugos que trabajaban en los sótanos, el deshonor lanzado sobre el socialismo, la violencia gubernamental que hollaba la revolución. Intrépido y vehemente, parecía sembrar nuevas tempestades. El gobierno fundó un museo Kropotkin, atribuyó el nombre de Kropotkin a algunas escuelas, prometió publicar sus obras… (10 de febrero de 1921).

La revolución en el callejón sin salida (1926-1928)

[…] No hay más que ver la ciudad y la calle. La fea marca del dinero ha reaparecido sobre todas las cosas. Las tiendas tienen escaparates suntuosos, llenos de frutas de Crimea y de vinos de Georgia, pero un cartero gana unos cincuenta rublos al mes. Ciento cincuenta mil desempleados, sólo en Leningrado: la pensión que reciben varía entre veinte y veintisiete rublos por mes. Los jornaleros agrícolas y las criadas ganan quince, aunque es verdad que son alimentados. Los funcionarios del partido cobran entre ciento ochenta y doscientos veinticinco rublos por mes, como los trabajadores cualificados. Muchos mendigos y niños abandonados; muchas prostitutas. Tenemos tres grandes garitos en la ciudad donde se juega al bacarrá, a la ruleta, al ferrocarril; lugares siniestros rodeados de crímenes. Los hoteles arreglados para los extranjeros y para los altos funcionarios tienen bares con mesas cubiertas de manteles blancos con manchas, palmeras polvorientas, mozos diligentes informados de los secretos que la revolución ignora. ¿Quiere usted coca? Treinta chicas exhiben, en el bar de Europa, sus afeites y sus sortijas de pacotilla a hombres con gorras y abrigos de pieles, que beben vasos enteros de alcohol, y de los cuales la tercera parte son ladrones, otra tercera parte concusionarios y la última tercera parte obreros y camaradas atacados de un *spleen* que, hacia las tres de la mañana, estalla en riñas y hace sacar las navajas. Entonces alguien grita con un curioso orgullo, lo oí la otra noche: «¡Yo soy miembro del partido desde 1917!». El año en que el mundo tembló. En las noches de nieve, trineos tirados por caballos de pura sangre de altivo perfil y guiados por cocheros tan barbudos como los de los calaveras del antiguo régimen se detienen allí antes del alba. Y el director de una fábrica nacionalizada, el revendedor al por mayor de los tejidos de la fábrica Lenin, el asesino buscado por los soplones que beben con él se llevan a toda prisa, abrazada sobre el estrecho asiento, a la hija del Riazán o del Volga, la hija de las hambres y de los trastornos, que no tiene que vender más que su juventud y que ama demasiado la vida para figurar en la crónica de los suicidios que recorro en una redacción. Leningrado vive a razón de diez a quince suicidios por día: sobre todo menores de treinta años.

[…] Queremos seguir siendo un partido de pobres, y el dinero se convierte suavemente en el más fuerte, el dinero lo pudre todo –y sin embargo hace surgir también la vida en todos los lugares. En menos de cinco años, la libertad de comercio ha hecho un verdadero milagro. Ya no hay hambre, una alegría de vivir vacilante sube a nuestro alrededor, nos desborda, y lo peor es que se tiene la sensación de irse a pique fácilmente. Es un gran cuerpo convaleciente, este país, pero sobre ese cuerpo cuya carne es nuestra carne vemos multiplicarse las pústulas. Presidente de una cooperativa de habitación, sustento largas luchas para hacer que atribuyan en ese edificio aburguesado un cuarto de criada a alguna estudiante; la contabilidad que un ingeniero me somete está enteramente falseada y no tengo más remedio que firmarla. Uno de nuestros locatarios se enriquece a ojos vista revendiendo al precio más alto los tejidos que una fábrica socializada le vende a bajo precio teniendo en cuenta los bajos salarios. Explicación: el déficit de los artículos manufacturados se evalúa en cuatrocientos millones de rublos-mercancía. Los obreros, huyendo de los apartamentos miserables, van al cabaré; las amas de casa del barrio de las fábricas Putilov-rojo preguntan a los comités del partido si no hay manera de entregarles una parte del salario de los borrachos de sus maridos… Los días de paga, se ve a proletarios borrachos hasta caerse revolcándose en las afueras y otros le empujan a uno con injurias. Me tratan con odio de intelectual cuatro ojos. Un comité de ayuda a los niños explota el club Vladimirski, vil casa de juego. Allí he visto arrojar por una escalera a una mujer medio desvestida y abofeteada. El gerente vino hacia mí y me dijo tranquilamente: «¿De qué se indigna usted? No es más que una puta. ¿Si estuviera usted en mi lugar?». Es comunista, ese gerente, somos del mismo partido.



Arbeit Macht Frei o la concepción socialdemócrata de la transición al socialismo

> ***"Peor aún, esa concepción, que finalmente aparecía como "revolucionaria" en relación con la oficial de la socialdemocracia, en los hechos serviría para justificar aún mejor, en nombre del proletariado, el desarrollo nacional burgués. Aunque el proletariado tuviese la fuerza de imponerse a la burguesía no podría aplicar su programa social, sino que debería aplicar el programa social de su enemigo histórico. Era el eslabón que faltaba para la apología explícita del capitalismo de Estado y del capitalismo a secas, en nombre del proletariado, lo que en los hechos se tradujo en Rusia en la liquidación física –siempre en nombre del proletariado– de toda oposición a las tareas burguesas en Rusia, que requerían un aumento brutal de la tasa de explotación para lograr una nueva fase de industrialización que llegaría a su apogeo durante el estalinismo."***
> ***(La contrarrevolución rusa y el desarrollo del Capitalismo, Grupo Comunista Internacionalista)***

Cuando la revolución en Rusia, en tanto proceso social, diverso y vivo, triunfa, ya tenía un pie más que entrado en el abismo de la contrarrevolución. No solo fueron las condiciones materiales (la guerra imperialista) las que infortunaron su destino, sino que, por estar atravesada completamente por las concepciones de sus enemigos históricos, todo tendía a su -tarde o temprano- derrota: en efecto, como bien mencionan los compañeros del Grupo Comunista Internacionalista, las dos debilidades principales de este proceso (la concepción socialdemócrata del comunismo y la revolución y la debilidad del movimiento proletario internacional) se relacionan y están determinadas entre sí, y es la falta de claridad programática del proletariado y su proyecto lo que le imposibilita durante los 20 primeros años del siglo XX generar las estructuras necesarias para su próxima revolución.

Y no fue solo las estructuras de los partidos de la izquierda socialdemócrata; tanto el movimiento de los soviets en Rusia, como sus correspondientes consejos en Alemania y el mundo, no fueron estructuras forjadas de acuerdo a la visión de la destrucción violenta del orden burgués, sino estructuras de democracia radical en concordancia con la visión progresiva de las conquistas obreras; las pocas estructuras revolucionarias creadas fueron al calor de la lucha y para cuando quisieron entrar en escena ya era demasiado tarde.

En primer lugar, desde el ascenso de la socialdemocracia y el abandono del principio donde toda la actividad del movimiento obrero está subordinada a su lucha por imponerse por encima de la sociedad burguesa, el grueso de este movimiento transformó su concepción de la política desde la lucha reivindicativa a la participación electoral y sindical en tanto supuestos aglutinadores de "masas" y, posteriormente, a la directa colaboración de clases. Esto se tradujo lógicamente en que sus organizaciones carecieran de toda perspectiva y preparación para una posible insurrección. Así tanto reformistas declarados como radicales, cuando se vieron enfrentados a la crisis revolucionaria, sus herramientas organizativas o se plegaron al poder burgués o sucumbieron ante la contrarrevolución*.

El caso de los bolcheviques y sus aliados decisivos, los socialdemócratas alemanes, expresa bien la contradicción entre la lucha por el poder del proletariado (que lucha por la abolición de todo poder separado y de sí mismo en tanto clase) y la inmersión en la política burguesa que se instaló con el dominio de la Segunda Internacional. Como mencionábamos, de la cuestión inmediata de las condiciones de vida de los proletarios, desde donde nace la reivindicación, a la creación de estructuras especializadas en el diálogo entre las demandas obreras y concesiones burguesas, hay un compromiso inter clase que los bolcheviques- influenciados por la vieja idea de la manipulación de los conflictos entre pequeña y gran burguesía en provecho "del proletariado"- se jactaron siempre de mantener **. Y esta posición en medio de dos intereses y proyectos contrapuestos llevada a sus límites, entre el ánimo revolucionario de la clase proletaria avivado por la discursiva socialista y la realidad de la guerra con esta misma lucha inter burguesa por la hegemonía y su consecuente síntesis anti proletaria producto del mismo proceso (la unidad de la burguesía en tiempos de crisis contra la revolución), solo conducirán a estas expresiones, a medida que más poder y compromiso adquirían, a una serie de concesiones que solo podían decantar en el estalinismo, el fascismo y la consolidación del capitalismo ruso. El caso de la contraparte alemana, aunque ya se había evidenciado desde décadas atrás con el revisionismo y 1914, vio su versión más descarada en la alianza entre el general Noske y los freikorps en la masacre de la revolución proletaria alemana de 1919***.

Pero esta manifestación en el terreno político solo podía estar expresando una visión total desde la socialdemocracia en la cual el desarrollo capitalista europeo representaba el destino inalterable de la civilización. El socialismo democrático pudo admitir y buscar un compromiso con la clase capitalista porque en el fondo de ambas comprensiones yacía la ideología del desarrollo por el desarrollo y la producción por la producción: los límites del pensamiento burgués disfrazado de materialismo dialéctico lo hacían incapaz de comprender la enajenación del modo de producción capitalista y el valor en tanto dominio de las cosas por sobre la actividad humana, la única forma de comprender el carácter total que toma la revolución autoconsciente del proletariado. En este sentido transformaron la constatación del carácter universal y por ende internacionalista, contradictorio y revolucionario que le confería el mercado mundial al proletariado en una apología a esta clase como tal y por ende de su "progenitor" el capitalismo, concibiendo su desarrollo como un acercamiento hacia el socialismo. Esto a su vez se traducía en una comprensión de la sociedad comunista y de la emancipación de los trabajadores como una emancipación del trabajo y una extensión del desarrollo capitalista e industrial solo que sin intercambio privado (el cual se transfería en intercambio del estado, al igual que la apropiación de la plusvalía), como una afirmación de la esclavitud asalariada y del ser humano como mercancía y fuerza de trabajo para la "construcción del socialismo".

> ***"Pues bien, sustituid ese Estado de junkers y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, por un Estado democrático revolucionario, es decir, por un Estado que destruya revolucionariamente todos los privilegios, que no tema implantar revolucionariamente la democracia más completa, y veréis que en un Estado verdaderamente democrático revolucionario, el capitalismo de Estado representa inevitablemente, infaliblemente, un paso hacia el socialismo. Pues el socialismo no es más que el paso siguiente del monopolio capitalista de Estado. O mejor dicho, el socialismo no es otra cosa que el monopolio capitalista de Estado puesto al servicio del pueblo entero y que, por lo tanto, ha cesado de ser un monopolio capitalista de Estado. El capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa para el socialismo, su antesala, un peldaño en la escalera histórica: entre éste y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio."***
> ***(La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla, Lenin, 27 de septiembre de 1917.)***

Concibiendo la actividad política del proletariado luchando, sus objetivos y su mismo carácter (en tanto simple eslabón productivo) -su esencia, programa y proyecto- como un simple apéndice de la actividad y programa de la burguesía y el desarrollo de las sociedades de clase del cual solo representaba el broche de oro – con su conquista del poder político- es obvio que su revolución como tal fuera concebida bajo estos mismos parámetros, en tanto realización de las tareas revolucionarias de la democracia burguesa y eslabón entre dos expresiones de una sola línea de tiempo (la historia universal). No es de extrañarse, por ende, que el mismo Lenin concibiera en esta misma línea las revoluciones burguesas de 1905 y febrero de 1917 con la revolución de octubre y se jactara también de la jerarquía de las tesis bolcheviques, por ser los más lúcidos participantes e intérpretes de sus propias revoluciones burguesas.

La socialdemocracia jamás pudo comprender el carácter históricamente decisivo del rol del proletariado que Marx bien supo identificar, su rol negador; su idealismo sobre la historia, del materialismo vulgar que no concibe el carácter histórico y finito de todas las formas sociales, les hizo mantener la cabeza en el fango de la línea ascendente de las relaciones sociales donde proletariado y burguesía son factores sumativos de una misma fórmula. Jamás comprendió a estas clases como dos proyectos y formas sociales totalmente contrapuestas, como materialización de una contradicción histórica trascendental entre el desarrollo de la división y apropiación del trabajo entre clases, la apropiación privada de la tierra y su consecuente enajenación de la actividad humana y la resistencia y lucha por la abolición de esta apropiación y enajenación, en tanto auto apropiación del territorio y auto conciencia de su propia actividad como una sola unidad.

De esto podemos derivar todas las manifestaciones contrapuestas entre la auténtica actividad proletaria y la socialdemócrata y leninista: de la emancipación de los trabajadores por ellos mismos a su emancipación por el partido y el Estado, de la discusión obrera y la teoría revolucionaria a la iluminación y aporte "técnico" de las "clases ilustradas", del proletariado como corazón de la emancipación humana a una simple categoría laboral que lucha solo por reformas y al que hay que agregarle la cuestión de la revolución, de los obreros armados al ejército permanente y su adoración.

> ***"El mayor triunfo de la burguesía del siglo XX es haber hecho creer por doquier que lo que había en Rusia era socialismo, cuando en realidad la contrarrevolución había triunfado y se desarrollaba el capitalismo"***
> ***(La contrarrevolución rusa y el desarrollo del Capitalismo, Grupo Comunista Internacionalista)***

Que la tentativa rusa decayera en una espiral de manipulaciones, despotismos, traiciones y concesiones al capital mundial sobre los charcos de sudor y sangre del proletariado nunca fue responsabilidad de ciertas malignas figuras o de las capacidades metafísicas del poder que corrompe, tampoco de la impracticabilidad del pretencioso "método marxista": la ola revolucionaria de 1917-23, primera en su magnitud mundial y auténtica muestra de la voluntad del proletariado por su victoria, lamentablemente solo expresa el callejón sin salida al que fue expuesta esta clase a nivel mundial por sus supuestos defensores, punto clímax en su proceso de descomposición orgánica y el cual solo fue saldado con la sangre de millones de proletarios en la Segunda Guerra Mundial, las masacres fascistas/estalinistas y la imposición de la contrarrevolución a nivel mundial hasta el día de hoy.

Solo de hechos como este, y siempre sobre la derrota y sangre proletaria, podía sacar el provecho necesario la socialdemocracia (y por ende el capital) para su consolidación nuevamente como defensor de la clase obrera, extendiendo nuevamente y mientras sea posible la fecha de caducidad de este sistema de muerte.

---

*Como el caso de los Espartaquistas alemanes Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

**"La conclusión es clara: rechazar los compromisos "por principio", negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualquiera sea, constituye una puerilidad que hasta resulta difícil tomar en serio"

***El general Noske, prominente miembro del SPD (Partido socialdemócrata alemaán) y luego miembro de la República de Weimar, ahogó la insurrección de 1919 con ayuda de los reaccionarios Freikorps, guardias alemanas de orden público profundamente anti comunistas.

Leninismo y contrarrevolución.

El 'marxismo-leninismo' es una ideología directamente excretada desde las oficinas del PC soviético, ya plenamente estalinizado. Es la ideología de estado de la URSS. Su evidente carácter reaccionario –en este número se encuentran extractos de autores que son claros en caracterizar al estalinismo no como una corriente "reformista" dentro del "marxismo", sino derechamente como una de las más peligrosas versiones de la contrarrevolución- nos ahorra el tener que dar una fundamentación detallada del porqué considerarla como antagónica a cualquier noción básica de socialismo o comunismo. Sin embargo, en cuanto "leninismo" como tal es una etiqueta algo más imprecisa, y con la que se identifican una miríada de sectas y corrientes que a menudo se consideran a sí mismas críticas de la deriva estalinista de URSS. Como decíamos, cuando explota la revolución rusa y antes de ello, el movimiento comunista representaba una serie de realidades y posiciones que iban rompiendo de distinta manera con la tradición reformista y su crisis en 1914. En este sentido el leninismo expresaba una más dentro de las tendencias de la clase proletaria que posteriormente se posicionará como la única y verdadera. Una lectura seria de todo este periodo deja claro que esta ideología solo representaba el ala conservadora de esta explosión radical, esto se verá cristalizado en la fundación de la Tercera Internacional, las 21 condiciones y la cuestión del infantilismo y las izquierdas comunistas. A continuación, exponemos la opinión de tres contemporáneos decisivos para la época. Por un lado, Amadeo Bordiga, principal teórico de la izquierda abstencionista italiana y, por otro Otto Rühle, revolucionario que dio su voto en contra los votos de guerra en 1914, representó al Partido Comunista Obrero Alemán (expresión más radical y lúcida de todo este periodo) en el II Congreso de la IC y continuó sus rupturas hasta cuestionar por completo el rol del partido, planteándose por la unión entre organización obrera económica y revolucionaria. Finalmente Malatesta, el reconocido anarquista revolucionario. Todas estas expresan mucho más que lo correcto de una tendencia u otra, sino la riqueza del periodo en tanto proceso vivo y en construcción.

Carta de Karl Marx a Vera Zasúlich (Londres, 8 de marzo de 1881).

Tanto antes como durante y después de la insurrección de 1917 las características del capitalismo en Rusia y las posibilidades que ofrecía para la revolución (burguesa o proletaria) fueron motivo de bastante debate en los medios revolucionarios. Poco antes de su muerte ocurrida en 1883, el viejo Marx escribía desde Inglaterra a Vera Zasúlich –revolucionaria que militó tanto en el populismo ruso de los tiempos en que se practicaba el terrorismo contra el régimen del Zar a fines del siglo XIX, y que llegó a ser una de las fundadoras del "marxismo" de la II internacional-, sus impresiones sobre la posibilidad de que la revolución siguiera allí un camino diferente que en Europa occidental y el rol que podría jugar la aún subsistente comuna rural ("mir").

"(…) Analizando la génesis de la producción capitalista digo: en el fondo del sistema capitalista está, pues, la separación radical entre productor y medios de producción (…) la base de toda esta evolución es la expropiación de los campesinos. Todavía no se ha realizado de una manera radical más que en Inglaterra (…) Pero todos los demás países de Europa occidental van por el mismo camino. (El capital, edición francesa, p. 316). La «fatalidad histórica» de este movimiento está, pues, expresamente restringida a los países de Europa occidental. El porqué de esta restricción está indicado en este pasaje del capítulo XXXII:
La propiedad privada, fundada en el trabajo personal… va a ser suplantada por la propiedad capitalista fundada en la explotación del trabajo de otros, en el sistema asalariado (ob. cit., p. 340). En este movimiento occidental se trata, pues, de la transformación de una forma de propiedad privada en otra forma de propiedad privada. Entre los campesinos rusos, por el contrario, habría que transformar su propiedad común en propiedad privada. El análisis presentado en El capital no da, pues, razones, en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que de ella he hecho, y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, más para que pueda funcionar como tal será preciso eliminar primeramente las influencias deletéreas que la acosan por todas partes y a continuación asegurarle las condiciones normales para un desarrollo espontáneo (…).

Walter Benjamin, Tesis de Filosofía de la Historia (1940).

Este trabajo final del atípico marxista alemán Walter Benjamin, escrito en el momento más oscuro del siglo XX, trata en su parte medular del nefasto legado de la izquierda socialdemócrata y su culto del trabajo (asalariado) y el progreso (lineal). Benjamin llega a decir en la Tesis XI que en la manera en que el marxismo vulgar entendía el trabajo se encontraban ya mismas tendencias tecnocráticas que luego caracterizarían al fascismo, en la XII reivindica un concepto de revolución muy distinto al socialdemócrata, y en la XIII (aquí reproducida) sienta las bases de una aún muy necesaria crítica del progreso. Benjamin se suicidó al quedar acorralado huyendo de los nazis, tratando de escapar desde Francia a España, mientras el grueso de los intelectuales de la llamada "Escuela de Frankfurt" se habían agenciado un exilio seguro en EE.UU.

XIII

Puesto que nuestra causa se vuelve más clara cada día y el pueblo cada día más sabio.

(Wilhelm Dietzgen, La filosofía socialdemócrata)

La teoría socialdemócrata, y aún más su práctica, estuvo determinada por un concepto de progreso que no se atenía a la realidad, sino que poseía una pretensión dogmática. Tal como se pintaba en las cabezas de los socialdemócratas, el progreso era, primero, un progreso de la humanidad misma (y no sólo de sus destrezas y conocimientos). Segundo, era un progreso sin término (en correspondencia con una perfectibilidad infinita de la humanidad). Tercero, pasaba por esencialmente indetenible (recorriendo automáticamente un curso sea recto o en espiral). Cada uno de estos predicados es controvertible y en cada uno ellos la crítica podría iniciar su trabajo. Pero la crítica —si ha de ser inclemente— debe ir más allá de estos predicados y dirigirse a algo que les sea común a todos ellos. La idea de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de su movimiento como un avanzar por un tiempo homogéneo y vacío. La crítica de esta representación del movimiento histórico debe constituir el fundamento de la crítica de la idea de progreso en general.

Carta de Amadeo Bordiga a Karl Korsch (Nápoles, 28 de octubre de 1926).

En 1926, cuando la contra-revolución ya se había impuesto globalmente, dos importantes comunistas de "ultraizquierda", Korsch (alemán, destacado "comunista de consejos", junto a otros como Gorter, Rühle, Pannekoek y Mattick) y Bordiga (italiano, veterano miembro del PS y PC, fundador luego del Partido Comunista Internacionalista) debaten acerca de si el proceso ruso, ya en franca degeneración, fue una revolución burguesa o proletaria.

(…) Por ejemplo su "modo de expresarse" sobre Rusia no me parece correcto. No puede decirse que "la revolución rusa es una revolución burguesa". La revolución de 1917 ha sido una revolución proletaria, aunque sea un error generalizar las lecciones "tácticas". Ahora se plantea el problema de en qué cosa pueda convertirse la dictadura proletaria en un país, si no se produce la revolución en los demás países. Quizás una contrarrevolución, o quizás una intervención extranjera, o bien un curso degenerativo del que habría de descubrirse y definirse los síntomas y sus reflejos en el partido comunista.
No puede decirse simplemente que Rusia es un país en el que se desarrolla el capitalismo. La cuestión es mucho más compleja: se trata de nuevas formas de la lucha de clases que no tienen precedentes históricos. Se trata de mostrar que toda la concepción de las relaciones con las clases medias, sostenida por los estalinistas, es una renuncia al programa comunista. Parecería que usted excluyese la posibilidad de una política del partido comunista ruso que no equivaliese a la restauración del capitalismo. Esto equivaldría a dar una justificación a Stalin, o a sostener la inadmisible política de "dimitir del poder". Sin embargo, es necesario decir que una política correcta y clasista en Rusia habría sido posible sin la serie de graves errores de política internacional cometidos por toda la "vieja guardia leninista" conjuntamente (…).

OTTO RÜHLE, "Fascismo Pardo y Fascismo Rojo" (extracto).

Un balance histórico centrado en comparar la revolución rusa de 1917 con la alemana de 1919, es hecho por Otto Rühle en un verdadero texto maldito del siglo XX, "Fascismo pardo y fascismo rojo", escrito en 1939 pero que recién fuera ubicado en Alemania en 1971, cuando tras el inicio del segundo asalto proletario contra la sociedad de clases (1968/1977) se empezaron a (re)descubrir los textos en que se expresaba la memoria histórica del proletariado, tras haber sido sepultados por décadas de contra-revolución. Cabe destacar que Otto Rühle fue en 1914 uno de los dos diputados socialistas que en Alemania se negaron a votar a favor de los créditos de guerra, manteniendo una posición internacionalista (el otro era Karl Liebknecht hijo, asesinado junto a Rosa Luxemburgo cuando fracasa la insurrección en Berlín en enero de 1919). Rühle militó después en el "ultraizquierdista" KAPD (Partido Comunista Obrero de Alemania), donde defendía una posición consejista y antipartido. Como delegado del KAPD enviado al congreso de la Internacional Comunista, pudo conocer bien tanto a Lenin como al deplorable estilo de los bolcheviques, y concluir: "¡No y no, la III Internacional no es una Internacional comunista! Debemos conservar una libertad y una autonomía completas" (Moscú y nosotros, 18 de septiembre de 1920, publicado en Die Aktion).

Lenin triunfó en la Revolución rusa; triunfó sobre el feudalismo mediante la típica táctica partidista de la clase burguesa. Esto ocurrió en febrero, y en octubre él triunfó sobre la burguesía con los consejos que le había quitado de las manos a los mencheviques. Lenin triunfó dos veces: una a la manera burguesa y otra en forma proletaria. Pero al destruir los consejos después de la revolución, la victoria la volvió a perder y sólo quedó históricamente como el vencedor de la revolución burguesa.

Rosa Luxemburgo fue derrotada en la revolución alemana; ella no fue derrotada porque no luchaba, como Lenin en Rusia, en el marco del partido, sino más bien fue derrotada porque en Alemania la táctica partidista, que se había convertido en anti-histórica, fracasó y ella no fue capaz de orientar a la clase proletaria hacia el uso de los consejos como arma adecuada a su lucha revolucionaria.

Si Rosa Luxemburgo hubiese conducido al proletariado alemán bajo las banderas de los consejos con toda probabilidad se hubiera asegurado la victoria. De manera que fue la socialdemocracia la que venció, la cual sólo quería completar la democracia burguesa con la ayuda del partido. Y como el tiempo de esta democracia había expirado, su victoria se convirtió en derrota que al final condujo al fascismo de Hitler.

Al bolchevismo le aguardaba el mismo destino en Rusia.
La victoria del partido de Lenin fue suficiente para establecer el capitalismo, pero no para realizar el socialismo. Desde luego no es el capitalismo en el viejo sentido, sino el capitalismo de Estado, en consonancia con el desarrollo capitalista global y en total acuerdo con esta necesidad económica apareció el fascismo ruso bajo la forma de la dictadura de Stalin.

Saquemos las conclusiones:

1.- Lenin fue, según su vocación histórica, el hombre de la revolución burguesa en Rusia. En la medida en que traspasó los límites de esta vocación sufrió un fiasco.

2.- Rosa Luxemburgo fue, según su vocación histórica, la dirigenta de la revolución proletaria en Alemania. En la medida en que quedó rezagada respecto de las exigencias de esta revolución, también ella sufrió un fiasco.

3.- Se puede hacer mucho o se puede hacer poco durante la revolución en el lugar que le asigna a uno la historia. Lo importante es hacer lo justo, en el momento justo, y en la justa medida.

4.- Todas las cosas incorrectas serán inexorablemente corregidas por la historia y los hombres que cometen los errores serán juzgados por ella.

Carta de Errico Malatesta a Luigi Fabbri (Londres, 30 de julio de 1919).

En el aún álgido y revolucionario año 1919, el anarquista Malatesta escribe –también desde Londres- a su compañero Luigi Fabbri, discutiendo los posibles alcances de la expresión "dictadura del proletariado".

(…) Quizá la verdad sea simplemente esta: que nuestros amigos bolchevizantes con la expresión dictadura del proletariado entienden simplemente el hecho revolucionario de los trabajadores que toman posesión de la tierra y de los instrumentos del trabajo, y tratan de constituir una sociedad y organizar un género de vida en el que no haya sitio para una clase que explote y oprima a los productores. […] Entendida así, la dictadura del proletariado sería el poder efectivo de todos los trabajadores dirigido a la destrucción de la sociedad capitalista, y se convertiría en anarquía apenas cesara la resistencia reaccionaria y nadie más pretendiera obligar con la fuerza a las masas a obedecer y trabajar para otros. Y entonces nuestro desacuerdo no sería más que una cuestión de palabras. Dictadura del proletariado significaría dictadura de todos, es decir, no sería ya dictadura, como gobierno de todos no es ya gobierno, en el sentido autoritario, histórico y práctico de la palabra. Pero los verdaderos partidarios de la dictadura del proletariado no lo entienden así y esto lo hacen ver perfectamente en Rusia. El proletariado naturalmente interviene en ella como lo hace el pueblo en los regímenes democráticos, es decir, simplemente para esconder la esencia real de las cosas. En realidad se trata de la dictadura de un partido, o más bien de los jefes de un partido; y es una dictadura verdadera y propia, con sus decretos, con sus sanciones penales, con sus agentes ejecutivos, y sobre todo con su fuerza armada, que sirve hoy para defender la revolución de sus enemigos externos, pero que servirá mañana para imponer a los trabajadores la voluntad de los dictadores, detener la revolución, consolidar los nuevo intereses que se han ido constituyendo y defender contra las masas a una nueva clase privilegiada (…)

(…) Lenin, Trotski y sus compañeros son seguramente revolucionarios sinceros, de la forma que ellos entienden la revolución, y no traicionarán; pero preparan los cuadros gubernamentales que servirán a los que vengan después para aprovecharse de la revolución y asesinarla. Ellos serán las primeras víctimas de su método y con ellos, me temo, caerá la revolución (…).

RE-VO-LU-CION

A TITULO HUMANO

Epílogo

Hoy vivimos en un mundo que es el resultado directo de la contrarrevolución realizada durante el siglo pasado; este mundo de concreto, de atomización humana y de apariencias, este reino de las mercancías es el producto directo del fracaso y recuperación de los dos anteriores asaltos revolucionarios a la sociedad de clases (1917 – 1923 y 1968 – 1977). Analizar la historia de las revoluciones del siglo pasado es, al mismo tiempo, examinar la historia de lucha e insurrección, pero también de fracasos y de traiciones, de generaciones de humanidad proletarizada en su oposición antagónica al Capital. Actividad crítica que, lejos de ser un mero ejercicio de carácter contemplativo, supone una relación activa con el pasado, una puesta en tensión con aquello que se piensa sobre la revolución y su contenido, implica también una relación con la práctica en tanto que es una reapropiación y una crítica de una lucha que se perdió y que se busca superar para poder realizar la emancipación humana.

En contra de cualquier determinismo histórico, nosotros negamos la idea de que el comunismo sea más posible hoy que ayer; es decir, rechazamos las perspectivas mecanicistas que vislumbran el devenir del comunismo en un cierto estadio del desarrollo de las 'condiciones objetivas' o de las 'fuerzas productivas'. Sin embargo, pensamos que nuestro actual momento histórico es abundante en experiencias revolucionarias pasadas, en revueltas e insurrecciones cuyos alcances y fracasos pueden ayudarnos a comprender mejor aquello en lo que podría consistir una revolución realmente radical y su relación con el mundo natural; dilucidar qué relaciones sociales están en abierta ruptura y discontinuidad con el orden del viejo mundo, y cuáles solamente han contribuido a profundizar su dominio y perpetuarlo.

Una vez desmitificada la historia del pasado ciclo de revoluciones, es decir, una vez que se ha puesto en evidencia su trasfondo humano, la dominación del humano por el ser humano, la división de la especie en clases y la lucha de los explotados por su liberación, nos es posible comprender a ciertos momentos de las revoluciones de estos asaltos como hechos fundantes de la dominación real del Capital sobre la sociedad y sobre la naturaleza. El dominio del capital no habría alcanzado tales niveles de extensión y profundidad de no ser por la recuperación y/o exterminio de las revoluciones que pretendían combatirlo, de su capacidad para integrar los movimientos e individualidades subversivas en su constante proceso de modernización (la integración y extensión de la industria y la esclavitud asalariada en Rusia se realizó antes bajo el nombre y las banderas de la revolución socialista que por la propia burguesía).

Los revolucionarios del siglo XIX estaban absolutamente convencidos de que los proletarios se rebelarían nuevamente contra el capital, y que la próxima revolución sería a escala mundial y alcanzaría la emancipación universal de la humanidad, que el desarrollo del modo de producción capitalista contenía dentro de sí mismo el germen de su propia destrucción, que el capital sería socavado por contradicciones tales que harían inevitable su supresión: valorización/desvalorización, el aumento de las fuerzas productivas y el conflicto que ocasiona entre la socialización de la producción y la apropiación privada, etc. La historia posterior les ha dado la razón de una forma perversa: sí, los proletarios, y no sólo ellos, se han rebelado contra el capital, pero esta rebelión no sólo no derribó al capital, sino que ésta reforzó, expandió y profundizó su dominio. Es absurdo, por lo tanto, seguir fundamentando la rebelión del proletariado sobre la base del desarrollo de las 'fuerzas productivas', o sobre el conflicto basado en oponer a la propiedad privada la mera socialización de los 'medios de producción', puesto que hasta ahora el desarrollo de estas supuestas contradicciones ha demostrado, bien por el contrario, que su desenvolvimiento no era en absoluto un elemento que socavara las bases sobre las que se sustenta la existencia del capital y sus Estados, sino que eran en realidad el desarrollo necesario para que este alcanzara una dominación real y efectiva a escala planetaria.

La existencia y perpetuación del capital se fundamenta, ante todo, en las relaciones sociales que le dan vida y que son, al mismo tiempo, su sustrato material e histórico, su substancia humana y viviente. En la realización de sus actividades cotidianas, los miembros de la sociedad capitalista no suelen ser conscientes de estar reproduciendo con su actividad una forma de vida y unas relaciones humanas de opresión bien específicas; sus propias actividades no les son trasparentes. Están bajo la ilusión de que sus actividades son respuestas a condiciones naturales fuera de su control y no ven que ellos mismos son los autores de aquellas condiciones. La tarea histórica de la ideología capitalista es mantener el velo que no deja a las personas ver que sus propias actividades reproducen la forma de su vida cotidiana; la tarea de la subversión revolucionaria de este mundo es correr el velo de las actividades de la vida cotidiana, para volverles transparentes, para hacer visible la reproducción de la forma social de la actividad capitalista en las actividades cotidianas de las personas. En este sentido, el asalto revolucionario sobre los individuos e instituciones que encarnan la dominación del capital resulta fútil si, al mismo tiempo, no destruye, subvierte o vuelve inofensivas todas aquellas relaciones sociales que otorgan a estas personas e instituciones su poder y su sustancia.

El asalto sobre el Palacio de Invierno y la supuesta socialización de los medios de producción en Rusia no significó el fin de la explotación, puesto que este proceso no fue capaz de abolir ni el trabajo asalariado, la venta de personas humanas por dinero, ni las relaciones de producción que dan su origen al capital. Al contrario, profundizó y extendió la relación salarial y la industrialización; así como en el caso de España donde la autogestión del proceso productivo, los bonos de trabajo y la eliminación de los patrones no suprimieron el dinero, el trabajo asalariado o la sumisión de quienes trabajan a los criterios de la ganancia y de la dirección científica del trabajo. Hay que hacer, por tanto, un balance crítico de qué es lo que ha sido realmente revolucionario en lo que concierne a las revoluciones pasadas, y al mismo tiempo extraer de ese balance las características de una síntesis revolucionaria que nos permita subvertir y dejar atrás todo lo que concierne a un mundo que se erige sobre miles de años de domesticación, de inhibición de la vida para someterla a los intereses de la dominación.

Como hemos repetido insistentemente, la cualidad de una revolución triunfante sobre el Capital no se basa sólo en su capacidad para suprimir a la vieja clase dominante y aniquilar o mantener a raya a la reacción y sus armas, sino que se trata ante todo de su determinación para romper en el proceso revolucionario mismo, mediante la violencia revolucionaria, con todas las relaciones sociales heredadas del viejo mundo, creando en su lugar nuevas formas de relaciones humanas sean la forma embrionaria de aquella vida por la que combatimos al Estado/Capital. Es a esta característica de la revolución que nosotros llamamos *comunización*: la supresión necesariamente violenta del Estado y de cualquier poder separado, abolición del trabajo (en tanto que actividad productiva específica separada de la vida social), del intercambio, la autosupresión del proletariado y con él de todas las clases, etc. Si tomamos solamente el caso del asalto 17-23, y dejamos de lado, momentáneamente, todo lo que fue el periodo 1968-77, se verá que cuando más cerca se estuvo del comunismo no fue ni en los soviets ni en las fábricas mismas, sino que fue cuando la insurrección de millones de personas produjo nuevas relaciones sociales que estaban en abierta discontinuidad, ruptura y subversión con la forma dominante de producción social, el capital. La revolución es humana, es decir comunista, anárquica, no solamente cuando asalta el palacio de invierno, abre las cárceles y acaba con el ejército-policía, sino cuando es capaz de transformar las relaciones sociales que le dan su fuerza a esos lugares y a esas personas. En este sentido, reducir la subversión a la mera lucha armada es perder de vista lo más esencial: la emergencia colectiva de una vida no sometida a la dominación del humano por el ser humano, la emancipación de los sentidos y las pasiones humanas que va de la mano con la abolición práctica de las relaciones sociales capitalistas.

La perspectiva de que insurrección y comunización van de la mano, quiere decir que el negarnos mediante la revolución como proletarios está directamente relacionado con la afirmación y puesta en práctica de otra forma de vida y que la revolución solo tiene un sentido radical si se transforma lo cotidiano a la vez que se destruye violentamente el mundo de la mercancía y las jerarquías. Es en la afirmación de otra forma de vida antagónica al capital en donde aparece lo humano no proletarizado que necesita negarse como mercancía, la comunidad humana que se interpone a las necesidades de creación de valor mercantil, la revolución a título humano.

Es por ello por lo que la crítica radical debe ir unida a una crítica unitaria de todos los aspectos de la vida impuesta por el capital, haciendo por ejemplo ineludible negar la actual vida industrializada de creciente automatización que nos ofrece la dominación consumada del capital. No creemos en un "proceso de transición" que postergue para el futuro la transformación de lo cotidiano, es más, creemos que las formas que adquiera el comunismo deben ser desarrolladas desde hoy como búsqueda de formas de vida no mercantilizadas ni jerarquizadas en tanto que gérmenes o experiencias limitadas, pero que es posible generalizar por medio de un proceso insurreccional que devenga en una revolución que afirme la comunidad humana, y no por mera acumulación de voluntades individuales que quieran relegarse al margen del capital.

Todo esto que hemos analizado aquí sirve para expresar nuestra concepción de la revolución. En particular, nuestra profunda convicción de que la revolución es un proceso revolucionario durante el cual, y por medio de este, hay un quiebre radical dentro de la sociedad del capital. En el curso de este proceso los seres humanos adquieren conciencia de la subversión en movimiento y de las tareas necesarias para consumarla. En otras palabras, planteando las cosas de esta forma se elimina inmediatamente la problemática de la espontaneidad y de la conciencia venida desde fuera tan querida por los diferentes *representantes* del proletariado. Por definición la revolución no puede ocurrir sin una fractura por medio de la cual nuevos sentimientos, nuevas relaciones, nuevas formas de lucha, etc., puedan surgir. El capital se ha convertido en la sociedad humana, y en las áreas de dominación real del capital este alcanza la totalidad de la sociedad dando lugar a la domesticación de los seres humanos. Es contra esta domesticación que la humanidad debe sublevarse y, de esta forma, atacar al capital. El elemento más grande de la crisis será (ya lo es, aunque débilmente) un comportamiento humano completamente diferente y no domesticado. Es decir, no asfixiado por la racionalidad y lógica del sistema.

Los momentos de mayor ruptura con el viejo mundo han sido aquellos en los que se ha concebido, y vivido (como lo demuestran los artículos anteriores*) de una forma distinta, y esa otra vida realizada colectivamente aparece justamente cuando son abolidos los fundamentos sociales de la separación entre los seres humanos (propiedad privada, trabajo asalariado, dinero, etc). No negamos que actualmente somos proletarios, que nuestras vidas están tasadas en números, que somos seres humanos abstractos, desposeídos, unilaterales, etc. La pérdida de nuestra substancia humana, el anonimato, la división y el mutismo en que estamos sometidos son, justamente, los elementos determinantes de nuestras vidas, de allí la exigencia de una revolución a título humano. Es nuestra propia no – vida la que nos urge el deseo apasionado de vivir como la primera exigencia, negar una vida que tiene como presupuesto la esclavitud al dinero y a las relaciones humanas mercantilizadas, una vida violenta que se fundamenta en la división y en la guerra entre las diversas individualidades humanas.

Sin embargo, lo que permanece esencial de los anteriores asaltos revolucionarios, y también lo será de aquellos que vengan en el futuro, es el movimiento colectivo de negación del capital que tiende a instaurar una comunidad humana, movimiento que se ha manifestado de diferentes formas y con diferentes intensidades durante las distintas épocas de la dominación de clases. Se trata, ante todo, de crear una nueva forma de vida, de crear e imaginar una vida en comunidad que vaya más allá de las anteriores formas de comunidad, que abandone para siempre el sendero transitado por la humanidad desde la emergencia de las sociedades de clases, que deje atrás para siempre a la domesticación de la especie humana y de las especies naturales que hoy se manifiesta con fuerza en la devastación natural y en la extinción masiva de la vida orgánica, pero también en la fragmentación y aislamiento entre seres humanos. A esta forma de vida en la cual se encuentra abolida la contradicción entre el individuo y la especie, contradicción sobre la que reposa el estado de cosas actual, en la cual la comunidad humana es al mismo tiempo la especie humana, nosotros le llamamos comunismo.

¡Comunización o Miseria!